

La CANCION DEL MOLINO

Por JOSE LUIS DE CELIS

La silueta de los molinos, recortada sobre los horizontes de campiña, tiene una fuerza de expresión tan profunda, que concentra las características del paisaje.

El viento de la llanura pega sobre las aspas de los gigantes manchegos, y su girar constante—que nos habla de sueños de Don Quijote—es como una navegación de fantasía por tierras de secano.

A veces, hasta parece que no nos importa mucho su utilidad; tan grande es su fuerza decorativa, pincelada de belleza con alas al pie de los castillos milenarios de la Historia.

Cuando el molino encuentra, aunque sea en la tierra dura de Castilla, el correr de agua de cualquier regato, todo aparece más suave. Ya no hay las lonas de las aspas luchando al viento, y hasta el sonido es más dulce cuando la corriente se deja caer sobre la rueda sin estremecimiento de ventolera.

Es la música, del agua, no menos evocadora, ¡y tan hermosa!, en aquellos contornos donde su misma rareza da más valía al elemento.

En sitios así—paisaje, molino y agua—transcurren, entre el trabajo y la poesía bucólica, jornadas de campesinos viejos.

Primero, el sol está dormido. Pero tan pronto anuncia el día su llegada, ya se van moviendo los seres y las cosas. Es la aurora de la mañana.

La luna—todavía—va señalando las siluetas, y es apenas cuando en el crepúsculo naciente ya se advierte la línea de los caminos cuando los labradores llevan su trajín carretera adelante, portadores del grano que luego será la blanca harina de nuestro pan de cada día.

Ya despertó el molino junto al curso de las aguas; ya gira su rueda de piedra y el trigo bendito va dejando de ser grano para empezar a ser polvo de harina.

Es un trabajo continuado y fundamental en la economía alimenticia de los pueblos. ¡Huele a pan!

Así llega en el molino la hora del mediodía. Se detiene la labor y habla el sustento, que se recibe con alborozo. Hombres y bestias reintegran al organismo las fuerzas que se les llevó el trabajo.

Después todo entra en un reposo absoluto. La calma de las horas bañadas en sol, el calor sofocante de un paisaje con adorno de álamos, o la dura sequedad fría del otoño, piden a gritos la siesta coti-



diana. Con la mirada hacia el cielo y la cabeza sobre la tierra de sus sudores, el molinero sesteaba soñando, siempre soñando. Sueña en campos llenos de trigo, en espigas cortadas bajo un sol de fuego, en eras plétoricas de mieses.

Luego—cuando ya la luz de agosto no quema tanto o el claror otoñal marcó la mediodía—es como si amaneciera de nuevo y las cosas vuelven a moverse. El agua rumorosa empuja de nuevo piedras y poleas, y sigue la monotonía de la trituration.

El grano ya es harina, y así se carga de nuevo en los costales.

El regreso es alegre y perezoso; los hornos de los pueblos señalan el final de la ruta.

De esta forma se nos da—duramente, con sudor y constancia—esa cosa delicada, exquisita y popular: el manjar del pan.

Fuera, sobre el paisaje, los chopos se recortan poco a poco con mayores vaguedades de penumbra. En el horizonte lejano de la llanura se va perdiendo el sol plácidamente entre un juego de luces maravilloso.

Y si es La Mancha, las velas molineras navegan al paio en el oscurecer.

Es la hora de las sombras, el reino de la noche.

Cuando todo descansa sobre los campos.